

V

EDMÉE CAMPEÓN DEL MARNE

El viaducto de Nogent-sur-Marne, que no es por cierto de los menos monumentales de Francia, parece á mucha gente una obra de arte, y lo es en realidad. Como es sabido forma parte de la línea férrea de París á Mulhouse.

Esta gigantesca obra de fábrica, construida en el valle del Marne, mide cerca de un kilómetro de longitud. Treinta de sus arcos tienen quince metros de luz y cincuenta cada uno de los cuatro restantes que son los que forman puente sobre el río, á uno y otro lado de la llamada isla de los Lobos.

Su inauguración tuvo efecto en Marzo de 1857. Entonces fué reputado dicho viaducto como una de las más notables construcciones en su género y de igual consideración sigue gozando hoy día no obstante el medio siglo transcurrido desde aquella fecha.

El honor de la construcción pertenece por entero á M. Pluyette sabio ingeniero de Caminos, Canales y Puentes, quien inauguró, empleándolo por primera vez en el viaducto de Nogent, un nuevo sistema de cintros, é introdujo el uso de los revestimientos de palastro en los cimientos de los pilares, que fueron asentados en una capa de hormigón situada á una profundidad de nueve metros bajo el nivel de las aguas más bajas.

Para colocar los cimientos del macho situado en el río hizose preciso el empleo de una colosal chimenea de palastro cuyo peso era de setenta mil kilos; por ella fué introducida hasta el fondo la masa de cemento destinada á formar la base impermeable en que debía asentarse la obra de fábrica, y por ella quedó achicada el agua.

En la armazón que forma el cintro de cada una de las bóvedas fueron empleados la friolera de mil quinientos metros cúbicos de madera, resultando el coste de la misma á unos setenta mil francos.

Pues bien, bajo ese grandioso y esbelto viaducto, verdadera maravilla de ingeniería, se celebra cada año, á mediados de Agosto, la fiesta náutica de Nogent y del Perreux, fiesta que da motivo á variadas y populares diversiones entre las que figuran en primer lugar las regatas, para tomar parte en las cuales se apresuran á inscribirse en época oportuna los más diestros remeros de Francia.

Aquel día era precisamente el 15 de Agosto, y aproximábase ya la hora de dar comienzo á las regatas, esperadas con emoción por el inmenso público congregado para presenciarlas.

No sólo las verdes márgenes del río aparecían adornadas y más vistosas que de ordinario con la nota alegre y policroma de las toaletas estivales de nuestras parisien-ses, sino que también las tribunas habíanse llenado de rumorosa concurrencia mientras que en el florido parterre formado por la isla de los Lobos las horizontales más en boga acomodábanse en hamacas ó en sillas de madera curvada, en torno á las cuales mariposeaban los fervientes del deporte náutico, remeros entrenados en su inmensa mayoría, y con ellos unos cuantos imbéciles cuya misión no era otra que la de pagar, terminadas las regatas, el champaña que debía espumar de allí á poco en millares de copas y llevar un poco de animación y de alegría á los cerebros embotados por el calor excesivo.

El número de embarcaciones que cruzaban el río aumentaba á cada momento.

La joven amazona conocida del lector con el nombre de Edmée Sabielo de Kerbiroët, no podía faltar á una solemnidad deportista, y no faltó á la de Nogent. En ella

se hizo inscribir como coparticipante, para la regata femenina, con su canoa *Lagardère*.

Y sin embargo, este capricho de Edmée era algo inoportuno. Coincidió en efecto la fiesta de las regatas con la que el mismo día por la noche celebrábase en el hotel del marqués; y como para cuidar de los preparativos de esta última habíase quedado sola Amy, el trabajo que pesaba sobre la mayor de las dos hermanas era enorme. Pero la hermosa joven hubo de pensar que sería cruel privar á su hermana de una diversión para tomar parte en la cual había trabajado concienzudamente durante algunos días, y asintió gustosa á encargarse de la parte que en los preparativos para la recepción correspondían á Edmée.

Esta y su inseparable Jorge de Mercœur marcharon pues á las regatas, prometiendo regresar lo antes que les fuera posible.

El landó del marqués, guiado por Pedro, los condujo en media hora hasta la presa de Joinville, donde les esperaba su canoa, llegada por el río desde La Varennes aquella misma mañana.

Mal hacían en dormir confiadas las regateadoras habituales de la fiesta del viaducto. Aunque á decir verdad ninguna de ellas podía sospechar que una verdadera remera se decidiese á hacerles un día la competencia.

Porque ha de saber el lector que la regata de señoras en el Perreux es corrida siempre, y esto desde tiempo inmemorial, por las mismas señoras. El premio se concede por riguroso turno á cada una de ellas, designada de antemano como ganadora. Y por tan sencillo procedimiento quedan evitadas las disputas, las envidias y las rencillas, más ó menos transcendentales.

Pero aquel año de 1889 las cosas debían suceder de otro modo, y por primera vez desde mucho tiempo, iba á verse conculcado el antiquísimo reglamento por que se regían las tradicionales regatas.

Apenas comenzara aquel mes de Agosto, Edmée, que tenía ya formado su proyecto de regatear en el Marne pese á quien pesare, dióse á frecuentar un diminuto pueblo ribereño, La Varennes, en el que un vecino llamado Alberto Sadoux, constructor de canoas y antiguo

campeón de Francia, le enseñó los principios de la ciencia de bogar, pasando luego y gradualmente á las reglas de velocidad.

Ya sabemos que Edmée poseía disposiciones verdaderamente maravillosas para todos los ejercicios de agilidad y fuerza; pero el señor Sadoux lo ignoraba, y como es natural hubo de maravillarse ante los progresos realizados por su discípula, quien cuatro días después de recibida su primera lección estaba en condiciones de habérselas con los más duchos remeros. Segura ya de sí misma, consciente de lo que le era posible hacer con los remos en la mano, Edmée dedicó el tiempo que aun faltaba para la celebración de la fiesta, á dar soltura, gracia y vistosidad á su modo de bogar, á apoyar aquellos con fuerza disimulada, á practicar en fin el engaño y la fantasía que existen en todos los deportes y que son patrimonio de los privilegiados, de aquellos que poseen excepcionales dotes de deportistas.

Como su carácter era eminentemente franco y comunicativo, Edmée debía por necesidad hacerse amigos dondequiera que fuese, y no dejó de hacérselos en la escuela de Sadoux. Allí hubo de trabar conocimiento con dos matrimonios, los Carpentras y las Vignardon, propietarios respectivamente de las canoas « Herón » y « Pío II » inscritas, como la « Lagardère » de Edmée, para las regatas.

Desde la presa de Joinville hasta el viaducto de Nogent, el Marne forma un codo inmenso de más de una legua de extensión. En dicho espacio debía tener lugar la lucha entre las pequeñas embarcaciones, y no obstante la enorme extensión del mismo, Edmée lo encontraba apenas suficiente para desentumecer sus brazos. Coquetilla por naturaleza, y sabiendo que no dejaría de ser blanco de millares de miradas, la decidida muchacha había adoptado, para presentarse en público aquella tarde, un elegante traje compuesto de boina blanca con borla de oro, falda corta, y amplia blusa de estambre blanco con sencillos adornos de oro.

En cambio Mercœur, para formar sin duda contraste con su compañera, vistió el irreprochable frac rojo de los clubman, pantalón negro, corto, y medias de seda.

Una gardenia monstruosa le cubría casi la mitad del pecho, y bajo la ceja izquierda llevaba, como remachado á tornillo, un monóculo de respetable diámetro.

El clubman y la amazona formaban en suma una pareja encantadora. Algo había en ellos de excéntrico, es verdad, pero el conjunto era elegante, vistoso, de mucho gusto.

Aquella tarde hallábase Edmée de humor excelente, y su compañero le prodigaba sin cesar cumplidos y más cumplidos, entresacados, en su mayor parte, de algún diccionario inglés.

— ¡ *Verily!* — decía mirando los brazos de la muchacha que se transparentaban bajo la tenue tela de la blusa; — cada golpe de los remos me da otro golpe en el corazón, *pretty miss*.

— ¡ A callarse tocan!, — contestaba ella riendo. — Ya le he oído á usted esa majadería infinitas veces, y me va cansando que me diga siempre lo mismo.

— ¡ Protesto, protesto, *my beauty!*

— ¿ Otra vez? ¡ Pero hombre, usted no tiene enmienda!

Iba Jorge á continuar haciendo protestas de la admiración que no le era posible refrenar, cuando poco antes de llegar al pontón de la Escuela de Gimnástica se unieron al « Herón » y al « Pío II. » Luego de los saludos de rigor, las señoras se cumplieron mutuamente por el buen gusto de sus trajes respectivos, y continuaron juntas las tres canoas, bordeando la isla de la Belleza.

Buenas ganas de reír se les pasaban á los señores Carpentras y Vignardon contemplando el ceremonioso frac de Jorge; pero como se había mostrado siempre cortés y amable, aunque sin familiarizarse nunca con ellos como lo hiciera Edmée con las señoras, ambos jóvenes juzgaron prudente disimular su exuberante alegría, temerosos de que pudiese molestar al atildado gentil-hombre.

Siguieron las tres canoas navegando de conserva hasta rebasar la punta de la isla de Belleza; llegaron al sitio escogido para la fiesta y una vez en él fueron á situarse á la sombra de la isla de los Lobos, precisa-

mente al amparo del florido parterre que las horizontales escogieran para tender en él sus hamacas.

Enorme era la muchedumbre. En la orilla, del lado del pueblo, desaparecía por completo la nota verde del musgo bajo la marejada ascendente de curiosos que allí tomaban posiciones más ó menos cómodas para descansar y para ver á satisfacción el espectáculo.

Una enorme ola humana había invadido hasta su parte alta la tribuna, y las infinitas personas que no lograron colocarse en tierra firme, ansiosas de ver, como los más afortunados, tomaron por asalto los barquichuelos de alquiler, y éstos, en número enorme, apiñáronse en ambas márgenes del río dejando libre un espacio apenas suficiente para el paso de los regateadores.

Comenzó la fiesta. El primer número, poco interesante, componíanlo algunas exhibiciones cómicas que se aplaudieron porque á tales fiestas el público va siempre dispuesto á aplaudirlo todo.

Desde el puente del viaducto alguien dejó caer una cuerda lisa, untada de sebo; era una especie de cueña por la que varios chiquillos con taparrabos pretendieron en vano subir para apoderarse de una pequeña suma contenida en la bolsa colocada á respetable altura.

Vino luego una regata cómica. Unos cuantos argonautas de doce á catorce años, montando cada uno una cüba y armado, á guisa de remos, de palas de lavandera, hicieron cuanto les fué dable por imprimir dirección á sus improvisadas naves, no consiguiendo otra cosa que hacerlas girar como devanaderas en vertiginoso movimiento rotativo.

Luego comenzaron las regatas serias de perissoires, de esquifes y de yolas á uno, dos y tres remeros.

Mientras regateaban estas embarcaciones, los curiosos de la isla de los Lobos se divertían de lo lindo, y el champaña corría que era un encanto.

Tanto ruido armaban que Edmée, sentada en su barca y esperando su turno, hubo de levantar los ojos hacia aquella parte; y como tenía buena memoria, no le fué difícil reconocer, entre las horizontales más exuberantes, á Biana y á Rhoda, á quienes recordaba vagamente haber visto en el baile de la Opera, disfrazadas

de bebé y de bandera franco-rusa respectivamente.

Examinaba la joven con indiferencia la masa de curiosos allí agrupada, cuando hubo de volver la cabeza hacia otro lado. En el grupo de gente que rodeaba á las muchachas de vida alegre, acababa de ver Edmée dos ojos fijos en ella, ojos que pertenecían á una dama enorme, ridículamente vestida, que enjugaba con frecuencia el sudor de su rostro apoplético, por más de que se había instalado cómodamente en una butaca de junco detrás de la cual un señor muy correcto balanceaba con ambas manos gigantesco abanico.

La señora gorda tan acalorada no era otra que la célebre baronesa Lampessadas, esposa van Bruges, y el señor correcto del abanico su ayuda de cámara Cherry Gobler.

Edmée había procurado no ver á la baronesa ni ser vista de ella, porque deseaba conservar el incógnito, razón por la cual regateaba con nombre supuesto.

Pero estaba escrito que la joven no podría substraerse por completo á la curiosidad de sus conocidos. Acababa apenas de apartar la vista de la baronesa Lampessadas cuando tropezaron sus ojos con otras miradas, fijas en ella con persistencia indiscreta. Eran tres las personas que la examinaban, con atención al parecer: dos hombres y una mujer.

Edmée estaba segura de no haber visto nunca á uno de los dos hombres, cuyo color era de un moreno subido; pero ya no lo estaba tanto por lo que respecta al otro, que ella recordaba vagamente de alguna parte. ¿De dónde? No lo sabía. Tanto más cuanto que la espesa barba del indiscreto, no podía reconocerla como vista poco antes... En cambio, en la mujer, de moreno y hermoso rostro, reconoció enseguida la misma que en la mañana de la Mi-Carême se esforzara por conseguir la captura del agresor de Amy. ¿Qué hacían allí aquellas tres personas, que sin duda hablaban de ella? ¿Qué era lo que escribía el hombre de la barba en una tarjeta que acababa de sacar de su cartera?

Jorge de Mercœur siguiendo la mirada de Edmée advirtió lo que ocurría.

— ¡God! — dijo con resolución. — He ahí un insolente personaje á quien voy á castigar *indeed*.

Y se levantó, dispuesto en efecto á cumplir su amenaza. Pero en aquel momento todas las embarcaciones arriadas, chocaron unas con otras por efecto del brusco movimiento de algunas de ellas, y Jorge, que no era precisamente un marino, cayó de nuevo en su asiento, con más brusquedad de la que él hubiera deseado. Al mismo tiempo, y desde la otra orilla el comisario de las regatas, valiéndose de su porta-voz gritaba:

— ¡En línea las canoas!

Y cien voces distintas repitieron en coro.

— ¡En línea las canoas!

Un guasón, de los que no faltan en ninguna reunión de gente, añadió por su cuenta:

— ¡Y vamos á ver las mujeres de puño!

— Abra usted paso; — dijeron á Edmée las señoras de Vignardon y de Carpentras. — Si usted no se mueve antes no podremos salir de aquí.

Dos ó tres golpes de remo bastaron á la joven para ponerse en franquía fuera de la presa; y he aquí que en el momento mismo en que se alejaba de la isla, un minúsculo cilindro de cartón, lanzado con segura puntería por el hombre de la barba negra, fué á caer precisamente en la concavidad que formaba el faldellín de Edmée entre sus dos rodillas.

Era una tarjeta, de la cual se apoderó la joven.

Al leer el nombre en ella impreso palideció de cólera, y su mano derecha se contrajo como si empuñase de pronto una espada; pero en cuanto hubo leído las líneas trazadas con lápiz debajo de aquel nombre que tan mal la impresionara, la expresión de su semblante cambió por completo, y en lugar de la ira reflejóse en él la estupefacción.

Jorge había visto la acción del hombre de la barba. Quiso volver atrás, y hubo de renunciar á hacerlo. Para ello hubiera necesitado el concurso de su compañera, y aun suponiendo que ésta no hubiese tenido inconveniente en prestárselo, las cien embarcaciones que en masa compacta se encontraban ya interpuuestas entre ellos y la isla hubieran hecho imposible toda tentativa de desembarco.

— ¿Qué era eso, *my dear goddess*? (mi querida diosa) preguntó con cierta ansiedad.

Silencio de Edmée. La joven parecía absorta en sus reflexiones. Restregó de pronto la tarjeta contra la tela de la blusa, y murmuró entre dientes para que Jorge no la oyese:

— Me figuré que era él, casi estaba segura de ello. Pero lo demás... la verdad, no lo entiendo. En fin, ya veremos lo que sucede. Ali-Akmet debe andar metido en este lío, como si lo viera... Esta noche sabremos á qué atenernos.

Así diciendo, y aun cuando absorta al parecer en sus pensamientos, Edmée tomó de nuevo los remos y fué á ponerse en línea, ocupando con su canoa un sitio entre *Herón* y *Pío II*.

El correcto é impecable Jorge creíase en su fuero interno muy al abrigo de toda asechanza del travieso dios Amor; acorazado, é invulnerable por lo tanto contra sus dardos. Sin embargo, cuando vio cómo desaparecía la tarjeta entre los pliegues de la blusa de su compañera, angustia indefinible, por él no sentida hasta entonces, oprimió su pecho, y con voz temblorosa, y hasta olvidándose de mezclar alguna palabra inglesa en su pregunta, signo evidente de la extremada turbación del joven clubman, decidióse á interrogar á Edmée.

— ¿Cómo es que no quiere usted confiarme lo que le dice un hombre á quien no conozco y con el cual por lo visto se cartea usted?

— Porque no me parece esta ocasión oportuna para satisfacer su curiosidad. Por eso. ¡Ah! y además porque me parece que no le he dado á usted ningún derecho para mostrarse celoso.

Todo esto fué dicho con el tono breve é imperioso que Edmée empleaba siempre con el joven, aun cuando lo tenía en alta estima por sus excelentes cualidades.

Jorge de Mercœur bajó la cabeza para disimular su palidez y ocultar su pena. Una duda acababa de deslizarse en su imaginación y le mordía cruelmente, lastimándole de tal modo, que el joven hubo de comprender en fin, y de confesársela, la existencia de un amor de que Edmée era el objeto, y que tal vez dormitaba ya desde mucho tiempo antes en lo más profundo de su corazón de escéptico.

Dada la señal para el comienzo de la regata, pusiéronse en movimiento las canoas, quedando en breve muy distanciadas todas ellas por las tres que componían la flotilla que saliera aquella misma mañana de los talleres del constructor Sadoux.

Marchaba en primer término la canoa de la señora Carpentras, siguiendo á ésta la de Edmée, que á su vez era seguida de cerca por la de la señora Vignardon.

¡Cuán lejos estaba Edmée de figurarse que su silencio acerca del incidente de la tarjeta acababa de herir cruelmente el corazón de Jorge!

La verdad es que no podía figurárselo por cuanto lo escrito en la tarjeta no era ni con mucho para apenar en lo más mínimo al sobrino del marqués.

Decía lo siguiente:

« El conde Enrique de Corpo-Santo tiene el honor de ofrecer sus respetos á la señorita Edmée de Kerbiroët, rogándole al mismo tiempo se sirva hacer saber á su señora hermana que será para él por todo extremo grato concurrir á la cita que la señorita Amy se ha servido darle. »

Como se ve, nada de esto podía atormentar al buen Jorge. Si alguien hubiera podido sentirse molesto y aun quejoso por la cita acordada, ese alguien no era otro que Ali-Akmet. Pero éste, afortunadamente para él, estaba ignorante de todo. Edmée habíase equivocado al decirse á sí misma: « Ali-Akmet debe andar metido en este lío. » No: aquel lío era una verdadera comedia, y el doctor no era hombre para urdir las ni para tomar parte en ellas.

La autora no era otra que Flavia la mulata, á quien Ali había conferido plenos poderes. Usando de ellos combinó la joven su plan, basado en ciertas hipótesis, no destituidas de fundamento, que ella misma sentaba, por haber adquirido determinadas noticias que la confirmaron en algo que ya ella sospechaba.

En efecto: la mañana en que, oculta tras un balcón, hubo de ser testigo del atentado cometido por Enrique en la persona de Amy de Kerbiroët, Flavia creyó advertir, por ciertos movimientos de los dos protagonistas de la trágica escena, que el *carnicero de mujeres* alimentaba

alguna pasión bastarda por aquella joven de ideal hermosura. Más tarde, y con ayuda de su policía femenina-comprobó que sus sospechas eran ciertas, y á partir de aquel momento pudo Flavia, sin comprometerse mucho, designar con certeza el día y la hora en que el conde había de ponerse al alcance de sus perseguidores, atraído por el cebo de su amor incestuoso.

Una dificultad se presentaba, dificultad enorme y difícil de vencer. ¿Cómo conseguir que el conde aceptase como auténtica é indiscutible una cita dada por Amy?

Flavia, que era buena jugadora, puso todo el haber de sus esperanzas de triunfo en una sola carta á riesgo de quedarse sin ninguna.

En la mañana misma del quince de agosto hizo que su padre la presentara al conde. Y si la mulata esperó hasta el último momento para acercarse al monstruo, hizolo con objeto de que éste no tuviese tiempo de comprobar la exactitud del argumento de que ella debía servirse para llegar á sus fines.

Cuando su padre la presentó á Enrique estaba la mulata de tal modo pintada que ni sus padres adoptivos del Paupers-Club de Londres hubieran podido reconocerla. Apenas terminada la presentación, entregó al conde una cartita firmada: Amy de Kerbiroët.

Los enamorados son los seres más crédulos de la creación. Sin embargo, ninguno de ellos, por mucho que lo sea, puede imaginar que el objeto de su amor se anticipa espontáneamente á sus deseos. Tampoco se lo imaginaba Enrique, quien por el contrario tenía grandes motivos para creer que tan sólo la violencia podría ponerle en condiciones de obtener la posesión de la mujer amada. Y como es natural dudó de la autenticidad del mensaje que le entregaba Flavia.

Pero ésta era mujer de recursos.

— Parece, — dijo á Enrique — como si le sorprendiera á usted lo que se dice en ese papel. ¿Quiere usted persuadirse de que es realidad lo que le parece sueño? Pues nada tan fácil. Nosotros vamos esta tarde á las regatas de Nogent. Acompañenos usted; allí tendrá ocasión de ver á Edmée de Kerbiroët y... lo demás corre de su cuenta, que á nosotros poco nos importa después de

todo. ¡Ah! se me olvidaba una cosa. Edmée usará esta tarde nombre supuesto para tomar parte en las regatas. Si quiere usted obtener de ella la confirmación de la carta de su hermana, será preciso que se sirva usted de alguna triquiñuela para poder saber lo que desea sin hablar á la joven, quien desea á toda costa conservar su incógnito.

Por extraño que parezca, esta argumentación de Flavia comenzó á llevar la convicción al ánimo de Enrique, porque en realidad lo que él mismo deseaba no era otra cosa que dejarse convencer.

Después de adornar su cara con una barba postiza, y en compañía de Flavia y de Ben tomó el tren para Nogent, y una vez allí se hizo pasar á la isla de los Lobos pensando muy cuerdamente que Edmée descansaría con seguridad en su fresca orilla antes de comenzar la regata en que debía tomar parte.

Como esta previsión se realizó en absoluto, hubo de pensar Flavia que para evitar la cólera probable de la hermana de Amy al recibir un recado del conde, cólera que podía muy bien comprometerlo todo, lo mejor era aguardar hasta el último momento. Así lo hizo, y sólo cuando oyó que el comisario daba órdenes para que se alineasen las canoas, decidióse á dictar al conde la frase singular escrita en la tarjeta que cayera sobre el faldellín de la regateadora.

— ¿Pero cómo me va ella á contestar? preguntó el conde, después de lanzar el pequeño cilindro de cartón que formaba la tarjeta arrollada.

— La respuesta me parece que ha de ser muy sencilla, y no puede consistir más que en una de estas dos cosas: en denunciarle á usted en el acto como el matador de su hermana, ó en callarse como una muerta. Si sucede esto último ya sabe usted la interpretación que debe dar á su silencio. Será prueba de que por respeto á la inclinación que parece manifestarle á usted Amy, le otorga ella su perdón.

El lector sabe ya que Edmée no había contestado, limitándose á guardar la tarjeta.

Ebrio de gozo y convencido de su próximo triunfo, el conde tomó el tren para regresar á París. Ya en el vagón, pensaba:

— Decididamente, todos los descendientes de mi ilustre abuelo Fra-Diavolo están malditos. La mejor era Amy, mi hermana, y resulta una cualquiera puesto que tiene la impudencia de amarme.

Continuaban en tanto las regatas.

— ¡Arriba, *Herón!* — gritaban en las tribunas.

— ¡Bravo, *Pipi!* — respondían en la orilla, burlándose donosamente del nombre de *Pío II*.

En la isla de los Lobos decían :

— *Lagardère* va muy bien.

Llegaban á la meta las tres canoas en fila, como á la salida. Pero estaba escrito que Edmée no debía ganar. Secundábale mal su timonel, que parecía preocupado, y se quedó algo retrasada.

Avergonzada por una derrota que no esperaba, andaba Edmée buscando alguien en quien descargar su mal humor cuando el comisario de las regatas anunció con voz tonante :

— Dentro de un cuarto de hora se correrá el gran campeonato del Marne, premio de la Exposición. Pueden concurrir esquifes, yolas y canoas con remeros hombres. Timoneles hombres ó mujeres.

— ¿Oyes? — dijo la de Carpentras dirigiéndose á su marido. — Pueden patronear las mujeres; de manera que si quieres me pongo al timón y tomamos parte en la regata.

— Andando.

La de Vignardon por su parte preguntaba á su marido que era alegre como unas castañuelas.

— ¿Y nosotros, Feliciano, nos quedamos aquí?

— ¡Qué disparate! ¡A bogar, á bogar!

Las dos damas interpellaron entonces á Jorge.

— Usted, por supuesto, no querrá ser menos...

El clubman guardó silencio. Su alegría acostumbrada habíase desvanecido; continuaba triste y dijérase que ni veía ni oía lo que pasaba cerca de él.

— ¿Ha oído usted, Jorge? — preguntó la joven. — Esas señoras desean saber si consiente usted en ocupar mi puesto para disputar el campeonato.

— ¿Regatear, yo?... — exclamó Jorge estupefacto. — Pero si yo no...

Edmée le interrumpió. Una idea extraordinaria, original como pocas, acababa de abrirse paso en su cerebro, arraigando en él.

— ¡Chits!... — dijo en voz baja. — No vaya usted á estropearlo todo confesando su ignorancia... Conteste usted afirmativamente.

— ¿Afirmativamente? — preguntó el joven con terror. — De ningún modo. Ya sabe usted que yo no he tenido en mis manos...

— ¿Un remo, no es eso? — acabó Edmée. — Sí, ya lo sé, pero eso no importa. Los tendré yo. Es deber de usted — añadió en tono autoritario — ayudarme á ganar el campeonato, ya que su torpeza ó su mala voluntad me han hecho perder la regata femenina. Conque vamos, conteste usted pronto á esas señoras, que deben estar sorprendidas de su silencio poco galante.

Subyugado por aquella voluntad indomable, y sin detenerse siquiera á pensar de qué modo su compañera iba á poner en práctica una idea que le parecía descabellada, el joven formuló en voz alta la contestación que le acababan de dictar.

— Añada usted — siguió diciendo Edmée — que como se muere de sed, vamos á refrescar antes de que empiece la regata.

Aun cuando cada vez comprendía menos; Jorge repitió palabra por palabra la frase de la joven.

Esta saludó entonces con su gracia habitual á los propietarios de las dos canoas y fuese en derecha al embarcadero del café restaurant del viaducto.

— Pida usted una habitación; — dijo á Jorge al llegar al restaurant.

El clubman, sin permitirse la menor reflexión y creyéndose dominado por una extraña pesadilla pidió el cuarto.

Llegados al primer piso, Edmée penetró resueltamente en la habitación que le indicaran y dijo á su compañero dándole con la puerta en las narices.

— Quédese usted ahí... Nadie le molestará porque todo el mundo está ocupado abajo... Va usted á desnudarse en el acto.

Jorge creyó haber oído mal.

— ¿Desnudarme? — preguntó inquieto.

— Si, señor, va usted á desnudarse y á darme su traje por la rendija de la puerta.

— Pero...

— No admito reflexiones. Pronto, que el tiempo vuela. Se pondrá usted mis faldas.

Esto ya era demasiado. La última orden de Edmée dió al traste con la paciencia de Mercœur. Habíase dejado manejar como un fantoche por la caprichosa y singular muchacha; pero todo tiene un límite, en este mundo, incluso la esclavitud; por otra parte, la pena que sintiera su corazón al observar que Edmée había guardado, sin decirle una palabra acerca de ella, la tarjeta lanzada por el hombre barbudo, fué causa de que en aquel momento se vistiera Jorge de algo parecido á la energía.

— ¡Eso es una locura! — exclamó con decisión. — ¿Cómo quiere usted que en pleno sol consienta yo en semejante mascarada?

— ¿Cómo? á mí la cosa me parecía muy sencilla; — repitió detrás de la puerta y con tono burlón la voz de la terrible muchacha. — Pero quizás tiene usted razón. Bueno, pues en ese caso, puesto que usted no puede ganar el campeonato por sí mismo, porque no sabe remar, conste que si no consiente en asociarse, en la medida que sus medios se lo permiten, á la revancha que quiero tomar, no vuelvo á mirarle á usted á la cara en los días de mi vida.

Jorge estaba desesperado.

Parecíale que su inteligencia vacilaba. Hallábase persuadido de que la joven no le amaba; sin embargo, la perspectiva de no verla más no podía ser más cruel. Lo era tanto que le parecía imposible poder resistir á tal privación.

— Pronto, ¿qué decide usted? — preguntó de nuevo Edmée. Y sin darle tiempo á contestar:

— Pronto, pronto; — añadió abriendo un poco la puerta. — Ahí tiene usted mi blusa... Déme usted su frac, su chaleco, la pechera...

De la blusa de Edmée, que el joven tenía en la mano, cayó un cartoncito arrollado: la tarjeta del conde. Apoderóse de ella febrilmente, y leyó con avidez lo escrito bajo el nombre.

Un relámpago de alegría iluminó entonces su rostro. ¡Edmée no amaba á nadie!... Podía pues esperar... Desnudóse á toda prisa.

Era tal en aquel momento su deseo de complacer á la joven que hasta hubiera consentido en presentarse en el Círculo vestido de mamarracho si ella se lo ordenara. Hasta tal punto le embriagaba su alegría que tuvo la audacia, verdaderamente inverosímil, de apoderarse del blanco brazo que le tendía el ligero faldellín para depositar en él un ardiente beso.

Poco rencor hubo de guardarle la amazona por familiaridad tan importuna. Sonó su risa perlada tras de la puerta, y la mano complemento del ebúrneo brazo descargó inofensivo cachete en una mejilla del sobrino del señor de Kerbiroët. Eso fué todo.

Un momento después aparecía Edmée completamente transformada, y fuéle preciso hacer heroicos esfuerzos para contener la risa que la ahogaba contemplando el extraño pergeño del siempre impecable clubman. En cambio éste parecía en éxtasis, y olvidado de lo ridículo de su indumentaria, acogió con un grito de sincera admiración la presencia de la traviesa muchacha.

¡Qué bien le sentaba el frac rojo! Ciertamente que el pantalón resultaba estrecho en algunos sitios, y que la pechera amenazaba con salirse del óvalo marcado por el escote del chaleco, pero nadie debía pasar en forzada revista aquellos detalles, y era de suponer que ningún curioso se fijaría en si la pierna era más fina y el pie más pequeño que los del clubman.

— Ahora, — dijo Edmée á Jorge que parecía querer comérsela con los ojos — póngase un pañuelo de modo que le tape el bigote. Creo que á cualquiera le es permitido tener un dolor de muelas.

Y ajustando bajo la ceja el monóculo, y colocando el clack en su cabeza, algo hacía atrás para ocultar el moño griego, exclamó la joven llena de alegre entusiasmo:

— ¡En marcha! Y esta vez procure usted timonear un poco mejor.

Bajaron corriendo hasta el embarcadero, y un instante después ocupaban sus respectivos puestos en la canoa.

Ya era tiempo. El comisario se disponía á dar la señal de salida.

Esta vez no se trataba de una regata poco seria : antes al contrario. Tomaban parte en ella en efecto remeros robustos, entrenados, y de grande y merecida reputación. Y esto disminuía las probabilidades de éxito para Edmée.

Estalló en el aire el cohete que señalaba el principio de la regata. La multitud se dispuso á seguir ansiosa las peripecias de la lucha. En la isla de los Lobos, Rhoda, encaramada en una butaca de mimbres, anunciaba el curso de fantásticas apuestas.

Apenas dada la salida, la mitad de las embarcaciones inscritas debieron abandonar toda esperanza de vencer, y fueron alinéandose á derecha é izquierda para estorbar lo menos posible á los demás regateadores.

Ya hubieron de estorbarse bastante á la salida las canoas. Por casualidad providencial, la de Edmée, empujada á popa por el estrave de una yola que se retiraba ganó terreno, quedando bien colocada en el centro de la escuadrilla de esquifes y perissoires.

Entre las camisetas, de color ó rayadas, y los brazos desnudos de los remeros, la nota brillante del frac rojo del clubman y el punto negro que marcaba el clak destacábanse poderosamente. Alguien gritó al verlos desde la orilla :

— ¡Bravo, *Lagardère* !

— ¡Bravo, *Lagardère* ! — repitió la muchedumbre simulando un cómico entusiasmo. Como que nadie consideraba al excéntrico remero del frac encarnado como un luchador temible. Un tipo como aquel no podía ser más que un bromista, un estorbo, como tantos otros que se deslizan, sin que nadie sepa de dónde salen, en todos los certámenes para fastidiar á los que á ellos concurren de buena fe.

Sin embargo, cuando todas las embarcaciones hubieron virado en la primera boya, ya no reían muchos de los burlones. La canoa del remero de frac llegaba en efecto bien situada detrás de *Biribi*, un esquife de cuatro remos, al que tan sólo precedía *Tajamar* de la Sociedad Náutica.

¿Quién había de sospechar que el bromista del frac rojo batiría al Rowing-Club. Y sin embargo así acababa de suceder. Además la canoa ganaba terreno á ojos vistas á las dos embarcaciones que la precedían.

¡Pero á costa de qué sacrificio ! Edmée sudaba á chorros, y la fina epidermis de sus manos quedaba pegada á los remos ; insensible, al parecer, á la fatiga y al dolor, la joven continuaba remando, no obstante lo violento del ejercicio, con gran admiración de Jorge que también sudaba, aunque más de angustia que por efecto del calor, y gobernaba la canoa con habilidad de maestro, ni más ni menos que si la existencia de ambos dependiese de su ciencia en el manejo del timón.

Al virar en la segunda boya lograron los dos jóvenes ponerse delante de *Tajamar*.

La regata proseguía ya en línea recta.

Haciendo esfuerzos desesperados los dos tripulantes de *Biribi* procuraban á todo trance conservar la escasa ventaja que tenían sobre su contrincante *Lagardère*, ventaja que era apenas de dos metros.

— ¡Entrégate *Biribi* ! — gritó una voz, coreada enseguida por espantosa cacofonía de gritos, risas, aplausos y denuestos.

La muchedumbre comenzaba á admirar sin distingos la resistencia heroica del remero del frac colorado.

Cuando ambas embarcaciones pasaron casi juntas por delante del *Herón* y del *Pío II* que fueran de los primeros en abandonar la lucha, el dueño de una de ellas, Carpentras, hubo de observar á sus compañeros :

— O yo estoy viendo visiones ó no es la muchacha la que lleva el timón.

— Como tampoco es el hombre quien rema ; — añadió Vignardon.

Las señoras por su parte aguzaron la vista, y exclamaron de pronto batiendo palmas :

— ¡Es ella, es ella !... ¡El frac colorado !... ¡Se ha vestido de hombre !... ¡Hurra, *Lagardère* !

— ¡*Lagardère, Lagardère* ! — repitió la multitud apiñada en ambas márgenes del río.

Oyendo lo cual, Jorge, verdaderamente electrizado, gritó á su vez :

— ¡*Lagardère for ever!*

Y abandonando toda prudencia dejó caer el pañuelo que mitigaba su supuesta neuralgia y que sólo sirviera en realidad para ocultar su bigote.

Descorazonados por aquellos gritos que saludaban su derrota, alojaron entonces los tripulantes del *Biribi*. Era más de lo que se necesitaba para asegurar la victoria de Edmée, cuya llegada á la meta fué objeto de delirante ovación por parte del público.

Para substraerse al entusiasmo de la multitud, siguió la joven remando, y cuando hubo dejado bien atrás jurado y tribunas detúvose para hacer entrega de la canoa á Sadoux, el constructor, subiendo enseguida al landó del marqués.

Pedro llevaba esperando allí dos horas. Sorprendido, y no sin motivo, por los disfraces adoptados por sus amos, fustigó por orden de éstos sus caballos, que emprendieron al trote largo el camino de París.

Cuando la muchedumbre se enteró de que el campeonato del Marne había sido ganado por una mujer vestida de hombre, su entusiasmo no reconoció límites y buscó por todas partes á la heroína para llevarla en triunfo.

Afortunadamente para ella, Edmée estaba ya lejos.

VI

EN HONOR DEL SHAIK

París, mejor dicho, lo que hemos convenido en llamar el todo París, hubo de sorprenderse grandemente al recibir las tarjetas de invitación, profusamente repartidas, en las que se le rogaba se sirviese asistir á la fiesta que el marqués Trogoff de Kerbiroët, aun cuando enfermo de gravedad, daba en su palacio en la noche del 15 de agosto, sin anunciar el motivo de la recepción, que nadie podía explicarse.

Pero París es frívolo por naturaleza y sus sorpresas duran poco.

Sin inquietarse acerca del motivo de la velada, pero tanto más picada su curiosidad cuanto que el anciano gentilhomme que invitaba era muy poco aficionado á las reuniones de ese género, el todo París, de que hablamos creyó de su deber aceptar la invitación, y habíase apresurado á poblar los salones del hotel de la avenida del Bosque de Bolonia, con objeto unos de hacer provechosas visitas al buffet, y otros con el de recrearse contemplando en su estuche á las dos huérfanas hermanas, joyas de la casa y del gran mundo.

Demás de esto, el todo París regocijábase ante la perspectiva de poder penetrar al fin en aquel palacio, del que se hablaban maravillas, y del que sólo conocía las magní-